



SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.
- JOAQUIN DICENTA
En el tranvía.
- MINGO REVULGO
Los amores de María Luisa
- MANUEL CAMACHO
¡Creo en...!
- CLEMENTE DE CASTRO
Las ligas.
- GONZALO CANTÓ
Epigramita.
- JACINTO CARMIN
Una noche con Julia Fons.
- LUIS DE OSSA
El cimbel.
- JUAN PÉREZ ZÚÑIGA
¡No bailo más!
- TOVAR
y DEMETRIO
- Varios dibujos y retrato de
Julia Galvez.

5 cénts.



SECCION VERMOUTH

UN crimen sensacional ha venido á absorber totalmente la atención pública. Estamos ultra-terrorizados. El caso no es para menos. Un señor de edad madura, se prenda de las exuberan-

aventuras de cierta clase! Por muy erguida que lleve uno la cerviz, al acordarse del caso de Jalón se le baja en el acto y, ¡claro!, hace el ridículo sin quererlo porque á esos actos hay que llevarla siempre levantada.

Porque á Jalón, á pesar de ser un viejo, le han tratado como á un pollo. Primero, le descarnaron un muslo y después un j'álón, y así, hasta que le hicieron pedazos, porque ya había dicho María Luisa que estaba loquita por sus pedazos. Total, que al ya famosísimo Sánchez, le entusiasman los emparedados de j'álón crudo.

Chistes macabros aparte, la bestia humana ha aparecido ahora en toda su horrible desnudez, ¿y todo por qué? Por una ficha de cinco mil pesetas que tenía la víctima. Y por la ficha se perdió el infortunado jugador del Círculo de Bellas Artes. Ella es la que nos pierde á los hombres en general; ahora que unos la tienen chica y otros grande, incluso de cinco mil pesetas que ya es una cantidad respetable para una ficha sola.

Quienes se muestran más alarmadas



El marido.—¿Te ha hecho mucho daño el dentista?

Ella.—¡Al meterme el instrumento, no fué gran cosa, pero cuando lo sacó, cómo me pondría, que le mordí!

cias de una moza garrida de veinte años, acude á una cita amorosa y en vez de ser acariciado por Venus, es mondado como una pera de agua y su esqueleto emparedado como si fuese una medianoche de ternera.

Este trágico suceso ha sobrecogido á mucha gente, que viene dedicándose al oficio de Tenorio, gallardo y celavera. ¡Cualquiera se atreve ahora á meterse en



El.—Oye, yo tenía una peseta.

Ella.—¿Y qué?

El.—Que no me la encuentro.

Ella.—¡Eso ya lo sabía yo!

«TOILETTES» PARA VERANO



—Por regla general se llevará este traje á la hora del almuerzo, adornado con algunas fruta. El modelo de donde yo he copiado tiene una pera...

porque adivinan los efectos que este crimen ha de producir, son ciertas señoras amables, que con razón temen que sus amistades se esfumen, por aquello de... «cuando las barbas de tu vecino», por más que aquí no se pusieron en remojo, porque el afeitado fué en seco. El quebranto ha de ser positivo y ya sé de más de una que al saludar á sus amigos les dicen picarescamente: «Hay divan, pero no tengo desván». Porque eso del desván, es como para desvan-ecerse de pánico.

Bueno está que para determinados momentos, y para ciertos actos, se vaya todo lo más armado que se pueda, pero, no es cosa de ir con un depósito de armas, de todos los calibres. Basta con la corriente.

Y como la corriente va estos días por eso del trágico suceso, los chicos de la Prensa, andan que beben los vientos por colocar veletas sensacionales y servir el

público revelaciones espeluznantes, que nos ponen todo de punta, cosa muy natural, porque el arte del buen informador es saber sacarle punta á los sucesos.

¡Mas sin querer, me he metido también yo en esa obsesión trágica, que es la nota única de la pasada semana. A la gente no le importa si Romanones hace declaraciones, ni si Titta Rufo canta; las únicas declaraciones que le interesan son las de los asesinos y en cuanto á cantar, lo que desea es que cante el ya famosísimo capitán Sánchez.

¡Con decirles á ustedes que esté la opinión preocupadísima, porque no ha aparecido la cabeza de la víctima!

No cae en la cuenta de que ya la había perdido cuando se fijó en las morbideces y arrogancias de la hermosa María Luisa.

En resumen:

Que Alá nos libre de que se nos alborote la cabeza.

Un pequeño REPORTER



—Por fin, señorito, ha logrado usted que me ablande...

—Pues mira, á mí me hace falta todo lo contrario.

En el tranvía

El aire entraba por el hueco de las cortinillas en ráfagas abrasadoras, como si le hubiesen calentado los llameres de una hoguera. También entraba el sol, dibujando franjas de oro fundido sobre los asientos. Los viajeros eran escasos. Iban dormilones, á media siesta. El cobrador, recostado sobre el cierre de la plataforma, entornaba los párpados sudosos. Sólo el conductor vivía por entero dentro del vehículo. Irguiéndose junto al eléctrico aparato, recibía en pleno rostro las caricias del viento y las mordeduras del sol. El tranvía avanzaba, avanzaba, turbando la meridiana somnolencia con zumbidos de insecto monstruoso.

El tranvía se detuvo obedeciendo los mandatos del timbre.

Arrogante, hermosa, bien vestida, oliendo á carne recién lavada de mujer y á finas esencias, subió al coche una criatura de veinticinco años, esbelta, ancha de hombros, metida de cintura, potente de caderas, negra de ojos y pelo, encarnada de

labios, morena de cutis. Seguía una anciana á quien le faltaba algo para parecer madre y sobraba mucho para resultar institutriz.

El bienestar y la riqueza descubriánse á las claras en el vestido y adornos de la joven; la ociosidad en sus manos desenguantadas y exquisitas; la coquetería en su empolvado rostro, en sus botas de piel de Rusia, en el ademán desafiador con que alzó su falda enseñando el arranque fino y redondo de las piernas.

Los dormilones despertaron abriendo de par en par los ojos y pasándose glotonamente la lengua por los labios resecos; el cobrador salió también de su quietud; el conductor mismo volvió la cabeza, haciendo á su colega un mobin truhanesco.

La joven tomó asiento en la esquina delantera del banco puesto á mano derecha; la anciana lo hizo en el izquierdo, esforzándose en dar aspectos maternos á su antipática vejez.

Ella, la joven, gozaba con su triunfo, paseando sus miradas y sus sonrisas de



El paleta.—Mira chica, sin rodeos; yo he venido á Madrid pa hacer de tó.

Ella.—¿SÍ? ¡Pues quítate el sombrero, porque te va á estorbar!

uno en otro viajero, para detenerlas en el mejor trajeado, en el que parecía más persona, si las personas han de tasarse por el resplandor de los brillantes que luzcan y por el corte de la ropa que vistían.

Dijérase que aquella mujer tenía el oficio de ser bella, y que—siendo buena trabaja-

EL CHICO DE LA TIENDA



La jomona.—Eso que has hecho no lo digas á los otros dependientes.

El chico.—¡A buena hora lo voy á decir; menu-
do mote me pondrían!

dora—no quería perder ocasión. Miradas y sonrisas eran en tal criatura como herramientas que manejaba por admirable modo para su oficio de ofrecer y conceder amor cuando bien se pagaba.

Tal vez yo me equivoque; ¡pero es tan difícil equivocarse tras veinticinco años de Madrid bien servidos!

El coche iba á arrancar cuando se detuvo de nuevo para conceder entrada á otra criatura.

También era mujer, también joven.

Su cutis blanco estaba tostado por los rayos solares, tiznado por el pegajoso rastrear del sudor; su pelo rubio se aplastaba en mechones húmedos sobre la frente, su boca de encendidos labios entreabrióse

dando paso á un jadeo sordo que hacía retemblar el pecho descorsetado y saliente. Eran sus manos toscas y con repujaduras de callo; sus pies bailaban en unos zapatos; el pañuelo, caído sobre sus hombros, tenía perfectísimo derecho á llamarse guinapo; el corpiño, de percal, se abría por algunos sitios en rotos francos, la falda distraía la uniformidad de su color con dos ó tres remiendos.

La muchacha no miró á nadie. Con pisar vacilante de bestia desmayada por la faena, llegó al extremo del tranvía, y se dejó caer junto á la hermosísima y bien compuesta joven.

Esta hizo un gesto de repugnancia y de desdén, y alzándose precipitadamente pasó al lado de la vieja que en público la madreaba.

La joven obrera, la trabajadora, que volvia á su hogar de la fábrica ó del taller, ni siquiera se dió cuenta del hecho; encontró más cómodo el rincón del asiento y se recostó para dormir.

La otra volvió á repetir su gesto de apartamiento y de repulsa, y el tranvía continuó su viaje, mientras yo, pensando en lo ocurrido, me preguntaba:

—¿Cuál de estas dos mujeres tiene derecho á repulsar á la otra?

Joaquín DICENTA



—¡Qué ilusiones! ¡Pero si el señor ya no está para esas cosas!

—Vamos, ¿quieres decir que no hago más que chochear?...

—¡Cál! ¡Eso quisiera usted!

LOS AMORES DE MARIA LUISA

La señorita Actualidad.-María Luisa,
á través de los barrotes.-El misterio de los ojos
verdes.-La iniciación.-Vidas sombrías.-En
un rincón del locutorio.-La primera aventura.

La Actualidad se impone, lector mío. Y á esta señorita Actualidad, tirana de todo el mundo, hay que aceptarla como es; cómica unas veces, otras trágica; pero siempre, sobre todo y ante todo, frívola. Por algo la Actualidad es del género femenino.

Por estas razones habrás de conformarte, lector mío, con que en estas *Andanzas reporteriles* vibre hoy la nota sentimental; no es el reporter quien la inventó; fué la Actualidad quien la impuso.

El caso es que este modesto reporter sintió la comezón de ver y hablar á María Luisa Sánchez; pero como otros la hablaron antes de su tragedia, y la hablaron tanto, la muchacha rubia se cansó de que la preguntaran las gentes de pluma y tomó el partido de no comunicar con ningún periodisra.

Y entonces la comezón del que suscribe subió de punto y se propuso firmemente ver y oír á la hija del tristemente célebre capitán.

La casualidad, en forma de abogado defensor, vino en mi ayuda. En un momento combiné mi plan. Yo entraría en la cárcel con el defensor y, mientras él la interrogaba, yo me quedaría, atisbando, á la puerta del locutorio.

Afortunadamente para mí, el locutorio de abogados de la Cárcel de mujeres es una pieza reducidísima; desde la puerta se oye perfectamente lo que se habla dentro, por mucho que se baje la voz.

Apenas tomó asiento el abogado, se encendió una bombilla eléctrica y la figura de María Luisa surgió tras la celosía.

Es una mujer hermosa, más que bonita; munuda, llena, breve, gentil... En su rostro, expresivo y vivaz, se admiran desde su principio estas dos cosas: la belleza de su pelo rubio y el misterio de sus ojos verdes.

Cuando habla, su voz dulce y bien timbrada rima con su melancólico acento gallego; sus ojos, entonces se entornan suavemente, lánguidamente, como evocando deliciosos ensueños... Cuando calla se endurece su rostro, sus ojos verdes, muy abiertos, giran, nerviosos, mirando á todas partes, oficiando de afilados puñales que tienen la misión de defender á su amita... Y... ¡qué distinta es en ambos casos



—Sí, hijito, sí; es el colmo... ¡Qué vaya uno á buscar un conejo y le confundan luego con otro!...

María Luisa!... ¡Oh, el misterio de sus ojos verdes!...

El letrado comienza un interrogatorio jurídico, que no me interesa, pero que me impacienta en cambio.

—¿Ha sido ó es usted alcohólica?— pregunta el defensor.

—No; no me ha gustado nunca beber.

—¿No tiene usted, pues, ningún vicio? Hábleme con franqueza. A mí sí me debe contar todo.

—¿Vicios?... Mi desgracia no me ha dado tiempo para tener vicios.

—Sin embargo, de usted se cuentan aventuras de amor.

—Diga usted desventuras más bien. A los diez años tuvo lugar mi horrenda iniciación... Ya sabe usted, mi padre...

—Cuenta, cuenta.

—¡Oh!... ¡Es horrible!... ¿Cómo lo he de contar?... Me estremezco cada vez que recuerdo las escenas de locura con mi padre... Esa locura suya iba creciendo á medida que yo me iba desarrollando... ¡Oh!... ¡Qué asco! ¡Qué asco!... ¡Señor, Señor!... ¿Qué culpa tengo yo de haber inspirado una pasión tan loca?

—¿Pero su padre la quiere á usted mucho?

—Atrozmente; tenía unos celos furiosos y, así, yo era su víctima en todos sentidos.

—¿Luego esas aventuras de que se habla?...

—¡Aventuras!... ¡Desdichas!... No podían ser aventuras amorosas, porque en ellas no había amor. En todas ellas fui instrumento de mi padre. Ya tenía él buen cuidado de que fueran hombres que yo no hubiese visto nunca ni que volviere á ver después.

—¿Y eso pasó siempre?

—Siempre, siempre... no, porque una vez...

Cuando María Luisa pronunciaba estas palabras, yo pegué el oído á la pared para no perder ninguna... Hasta este momento los ojos verdes de María Luisa habían girado inquietos, nerviosos, afilados... Su voz era firme y enérgica; su acento agrío, en vez de dulce...

A partir de este punto todo varió. Su acento y su voz rimaron dulcemente; sus ojos verdes, sus misteriosos ojos verdes, entornáronse, soñadores y lánguidos...

—Una vez—continuó,—mandada por mi padre, fui á un café. Junto á mi mesa estaba cenando un joven muy simpático, muy elegante... Un sombrerillo cordobés

que se inclinaba, airoso, sobre su oreja izquierda, me hizo sospechar que el joven aquel era un torero... Su traje pinturero y sus alhajas refulgentes, me indicaron que junto á mí tenía á todo un torero de pos-tín...

Le aseguro á usted que no pensé en las alhajas, ni por sí por mi mente ningún guarismo... Sentí un algo extraño; no sé si fué curiosidad ó capricho del momento... Sólo sé que aquél joven me habló, yo le oí... y me convencí en seguida. Salimos juntos del café, tomamos un coche, él dió unas señas al cochero, partió el carruaje y á los diez minutos habíamos llegado á nuestro destino...

En la puerta sonaron unos golpes secos. Yo me estremecía. Después oí una blasfemia y me quedé muda de espanto... ¡Era la voz de mi padre!

Yo sólo pensé en que se salvara el airoso torero del café. Salió de la habitación y yo entonces, ya más tranquila, abrí la puerta. Mi padre entró más rabioso que nunca. Tenía el rostro inflamado, los ojos inyectados en sangre, echaba espuma por la boca.

Yo le miré, compadecida y temerosa. Aquel hombre no era el padre ultrajado; era el macho celoso...

Aquella misma noche tuve un gran disgusto y una gran satisfacción: mi padre me pegó más que nunca, pero yo... ¡había tenido mi primera aventura!...

Y al decir esto, María Luisa cerró del todo sus misteriosos ojos verdes que, al abrirse de nuevo, dejaron escapar dos lágrimas...

Mingo REVULGO

SUCEDIDOS...

—¡Ay, mujercita mía!... Tú sola puedes salvar á tu esposo.

—¿Qué te ocurre hombre?

—Mira; ahora mismo acabo de recibir la cesantía.

—¿Y qué quieres que haga?

—Si vieras al ministro mañana, me responderían como la otra vez.

—No, hijo. El que hay ahora es muy viejo... En fin, veré al subsecretario, y ese... ¡tal vez!...

Las ligas —Desearía—dijo Paulina al dependiente— un par de ligas artísticas.

—Si señora; tenga usted la bondad de llegarse hasta la sección de pasamanería. Puedo ofrecérselas de todas clases y de todos colores.

Sin fijarse, al parecer, en la fatuidad de la respuesta, la dama siguió dócilmente al mercero hasta el departamento en que se exhibían los mil caprichos que inventa la moda.

¡Maravillosa sección! Había mil camisas capaces de hacer prevaricar al mismísimo San Antonio; refajos formados con mil hojas de rosas prendidas con hilos sútiles; bajos vertiginosos que hubieran alborotado á la compañía mejor disciplinada, y pantalones tan calados y translúcidos, que en verdad merecían la calificación de geniales... Había cintas que acariciaban al tacto, suaves como lengua de mujer, ó rugosas como la del gato; cintillas ligerísimas, aéreas, que se prenden como el azar en las *toi'ettes* de las elegantes; encajes cosmopolitas, adornos de hombros esclavos gargantas francesas ó piernas españolas; en fin, toda la gama de fruslerías, fantasías y perifollos inventados por el diablo con el perverso fin de hacer caer al hombre en el pecado de carne... y á la mujer con él.

—Tenga usted la bondad de sentarse,



La vieja.—Pero si me dijo el señorito que si no se le torcía el negocio me socorrería.

La doncella.—Pues cada vez se le tuerce más. ¡Si lo sabré yo!

señora—exclamó el dependiente sonriendo con amabilidad.

Y arrodillándose ante la preciosa cliente, levantó con delicadeza la falda, que rumoreó misteriosamente como las marinas olas en plácida noche. Luego midió el contorno de la pierna...

—Alcanza usted el número 47, señora—dijo sencillamente levantándose.

Y fué á buscar con presteza una gran caja, la cual abrió ante los maravillados ojos de Paulina.

¡Qué preciosidad! Centenares de ligas de todos colores, de infinitas formas, para toda clase de bellezas, admirablemente provocativos, con hebillas de brillantes, modernistas, de metales antiguos... milagros de fantasía, realizado por dedos de hadas...

La joven cliente se quedó extática, emocionada ante aquel torrente de matices que acentuaba la fina luz

SUCEDIDO



—¡¡Que no, señora, eso que usted quiere, no!!

tamizada por la claraboya de vidrios mates. Palideció, sintióse febrilmente agitada como si de improvisto hubiese surgido ante ella un infernal tesoro, visible para los hombres solamente...

—Usted es trigueña; yo tomaría estas li-



El niño.—Dime mamita: ¿Es verdad que hay hombres y mujeres que bajan al fondo del mar á buscar perlas?

La mamá.—Sí cielo.

El niño.—¿Se bajaría papá contigo?

gas rojas—repuso el dependiente.—Casarán admirablemente con el color de su tez.

Paulina prefirió, sin embargo, el color amarillo corola de oro, más distinguido. Probóse un par, con notable desparpajo, ante las mismas narices del mercero, el cual, acostumbrado á diario á ese moderado derecho de pernada, exclamó:

—Le están á usted maravillosamente. Ni hechas de encargo.

Rebosando entusiasmo, satisfizo suntuosamente Paulina sus preciosas ligas corola de oro, y se las llevó con la misma precaución que si hubiese comprado la piedra filosofal.

Al día siguiente volvió, sin embargo, la joven cliente, un si es no es disgustadilla, al almacén de modas y novedades.

—Caballero—dijo al dependiente,—desearía que me cambiase usted este par de ligas... porque el color...

—¿Cómo es eso?—replicó el vendedor.—¿Pues no decía usted ayer que el tono le gustaba tanto?...

—Sí, verdaderamente... Pero hay una dificultad... Es que yo quería que mis ligas hiciesen juego con el color de mi *boudoir*, que es amarillo... Y varias personas me han hecho notar que son mucho más claras... Ya ve usted, pues... no me sirven para el objeto... ¡Todo el mundo, me acusaría de falta de gusto!...

Clemente de CASTRO



—No sé cómo te gustan tanto los polvos.

—¿Y á ti qué? ¡Ni que fueran tuyos!

EPIGRAMITA

Por Pilar y por Elvira
sé yo que don Eleuterio
es hombre que se las tira
de serio.

Gonzalo CANTÓ

☼ Una noche con Julia Fons

Pasaron ya los festejos de San Isidro y volvió la tranquilidad á los vecinos de Madrid, que raramente nos libramos en estos días de dos ó tres parientes ó paisanos, gente deseosa de curiosear hasta cansarse, que fatiga y debilita tanto como la viruela ó el tifus.

Hasta yo, que por no tener casa me creía libre de estas obligadas preocupaciones, he tenido este año mi hiesped. Un pariente lejano, Pepe Escobar, á quien no había visto desde hace cinco años, fecha en que tuve la feliz ocurrencia de abandonar mi pueblo, ha pasado aquí nueve días.

Pepe Escobar es un tipo realmente singular. Andaluz, muy hablador, muy impresionable, es en mi pueblo director de cuantas compañías teatrales se forman entre los aficionados, y al venir á Madrid traía clavada entre ceja y ceja la idea de conocer á todas las artistas célebres cuyos nombres están á diario en los periódicos.

En cuanto me vió me preguntó:



El.—A mí me gustan delgadas.

Ella.—Pues á mí, todo lo contrario.



Ella.—¿Qué barbaridad hemos hecho?

El.—Ninguna nena, tranquilízate.

—¿De modo que tú escribes?

—Sí, tío—contesté yo.

—¿Y eso da para comer?

Yo, recordando una conversación sostenida aquella misma tarde con Alberto In-súa, repuse modestamente:

—Sí... Casi... casi...

Pero mi tío Pepe, que es hijo de comer-



—Sí, señora; yo se lo conté á la Dolores, pero como sabe usted que todo lo casca, pues le faltó tiempo para ir á su marido y...

—¡Qué indecentel

cientes ricos y hacendado de los principales de mi tierra, no reparó la amarga ironía de mi respuesta y continuó preguntándome con la curiosidad que es el defecto culminante de su carácter:

—Pues siendo periodista, conocerás á mucha gente y entrarás en todas partes... ¿Vas á los teatros?

—Sí: algunas noches...

—¿Y conocerás á las artistas?

Yo, en efecto, conozco á algunas; pero no sé por qué necio antojo se ocurrió decir que conocía á todas. Mi pariente, al oírlo, lanzó un grito de satisfacción.

—¡De veras!—exclamó;—yo siempre sostuve á tu madre que tú eras un muchacho muy listo y que harías carrera en Ma-

drid. No puedes figurarte como me alegro de que tengas tan buenas relaciones. Y dime, ¿son guapas?

—Muy guapas.

—¿Y campechanas?

—Campechanísimas.

—¿Cuando me las vas á presentar?

—¡Pchs! ¡Qué sé yo!... Cualquiera noche de estas...

Desde aquella tarde, mi tío Pepe comenzó á importunarme con su sandia curiosidad de provinciano. Quería conocer á todas las artistas: á Amalia Molina, á la Goya, á María Palou, á Loreto Prado, á la Fornarina, á Ursula López, á Candelaria Medina, y sobre todo, á Julita Fons, ¡la más simpática, la más popular, la más grande artista de este tiempo! Su deseo era ya una pesadilla, y varias veces estuve tentado de echarlo todo á rodar y mandarle á paseo. Pero el hombre era tan bondadoso, y, sobre todo, pagaba con tan pródiga liberalidad en todas partes, que, al fin, decidí soportarle.

Queriendo complacerle y no atreviéndome á llevarle á ningún escenario por temor á que cometiese alguna indiscreción, consulté el caso con algunos amigos, y todos acordamos que, pues que mi tío sólo iba á

¡CREO EN...!

Creo en tu sangre ardiente, en tus senos

[rotundos,

en tu garganta mórbida, en tu cintura leve,
en el poder inmenso de tus ojos profundos
y en tu sedosa carne, más blanca que la nieve...

Creo en ti, vida mía, porque en ti palpo y veo,
con toda la firmeza de mis cinco sentidos,
la única certidumbre que anhela mi deseo
¡harto de perseguir sueños indefinidos!...

Creo en ti, porque el rojo de tus labios sensuales
calma como ninguno mis fiebres pasionales,
ahogando esta infinita tristeza que me mata,

y porque siempre que mis brazos te oprimieron]
supistes ofrecerme la sensación más grata
de cuantas sensaciones mis nervios recibieron...

Manuel Camacho BENEYTEZ

RECORDANDO



—Estas medias me las compró... me las compró... ¿Luis? No, no... Me las compró mi marido; lo que hizo Luis fué ponérmelas la primera vez.

permanecer en Madrid algunos días y no era probable que descubriese nuestro engaño, lo mejor era presentarle á nuestras queridas de última hora bautizándolas con los nombres de las artistas á quienes él tanto deseaba conocer.

Dicho y hecho. Al día siguiente, cuando fué á buscarme, anuncié á mi pariente:

—Esta noche iremos al café después de las doce, y le presentaré á usted á la plana mayor de nuestras artistas.

En efecto. Yo había citado á mis amigos, y todos concurrieron con su adjunta respectiva, y cooperaron al embaucamiento de mi tío Pepe. Al llegar al café, enseñándole á mi querida, que es camarera en una cervecería de la calle Ancha, díjele:

—Aquí tiene usted á María Palou...

Luego, señalando á otras, fuílas presentando igualmente:

—Mire: Loreto Prado... la otra es La Fornarina. Aquella gruesa que nos mira, abriendo mucho la boca para que admiremos su dentadura, es Ursula López... Esta que fuma un cigarrillo turco, es la Pérez de Vergas.

Pepe Escobar, encantado, iba estrechando manos femeninas y deshaciéndose en hiperbólicas demostraciones de admiración. Al fin, cuando fué la hora de irnos,

pagó el gasto de todos, que se elevaba grandemente sobre lo ordinario, porque, ante la generosidad de mi pariente, á todos se nos habían abierto ganas de cenar.

Cuando salimos del café, ya era tarde. Mi tío Pepe, charlatán y alegre, decíame:

—Todas parecen buenas chicas; pero, ¡qué diantrel, van muy mal vestidas. ¿No te parece?

—Sí...

—¿No ganan mucho?

—Pero gastan mucho también. La vida de los artistas es muy desarreglada...

—¡Pobrecitas! Si no hubiera temido ofenderlas, las habría regalado cinco pesetas á cada una. ¿Crees que se hubieran incomodado?

—Creo que no.

Mi tío Pepe Escobar siguió hablando, y



Ella.—Como vé, me levanto por usted, solo por usted.

El.—Ya lo veo. Lo lamentable es que se levanta usted para mí y se acuesta para otro.

diciendo mil ingenuidades deliciosas. Yo, un poco cansado, le escuchaba sin hacerle caso.

—Pero oye—me dijo de pronto cogiéndome de un brazo y obligándome á detenerme—. A quien no me has presentado es á Julita Fons. ¿Dónde podíamos verla? Porque yo no quisiera irme al pueblo sin conocerla...

Yo no sabía qué contestarle, y al cabo, deseando cortar la conversación dijele:

—Es muy difícil ver á Julia, porque es

una bohemia que anda siempre por las calles con unos y con otros... ¡Vaya, cualquiera sabe dónde estará ahora!

Mi tío Pepe abrió los ojos desmesuradamente:

—¿Pero es posible?—dijo—la Fons que gana tanto...

—Sí, sí; es una pérdida con mucho talento. Todo el dinero que gana se lo gasta en aguardiente. ¡Figúrese usted!

Mi tío, estaba asombrado, sin atreverse á decir nada. Yo, añadí, no sabiendo ya que nuevo disparate decir:

—Hay temporadas en que la infeliz no tiene casa y duerme en el quicio de una puerta ó en un banco de Recoletos...

Anduvimos en silencio un buen rato, y al llegar á la calle de Jacometrezo, cerca de la churrería de la entrada, encontramos á una pobre diableja á quien yo conocía mucho de hallarla igualmente otras madrugada. Sin dar tiempo á mi tío para que la viera, exclamé cogiéndole de un brazo:

—Mire, mire... Esa es Julita Fons. ¡Qué casualidad!

—¿Estás seguro?—y me miraba con un gesto indescriptible de estupefacción.

—¡Segurísimo! Si la conozco tanto como á usted...

—¡Oh, pobrecilla! Bien dicen que en España no se protege á las artistas.—¡Julia Fons, una muchacha de tanto talento!

Yo remaché el clavo con una frase abrumadora:

—Probablemente, la infeliz no habrá comido aún...

Y avanzando hacia ella, mientras mi tío se quedaba parado en medio de la calle, la puse en autos de la suplantación con dos palabras.

Cuando hice la presentación, Julita estuvo genial verdaderamente, y representó su papel á maravilla. Mi tío encantado de encontrarse vis á vis con la gran artista, la

AMIGAS INTIMAS



Una.—No lo pienses más, descázate y á la cama. ¿Cómo voy á consentir que vayas á tu casa con la noche que hace?

La otra.—Vaya, como quieras. ¡Siempre has de quedar encima!

invitó á cenar, diciéndome cuando ella hubo aceptado:

—Tú, si tienes sueño, márchate, porque yo pasaré ya la noche con Julia.

Discretamente, mientras me esforzaba para no reír, me separé de la pareja. A la tarde siguiente, cuando Pepe fué á verme, díjome:

—¡Admirable, sobrino! Tú no puedes figurarte lo que te agradezco la presentación... Me voy al pueblo contentísimo. Aunque temo que no van á creer, cuando lo cuente, que he pasado una noche con Julia Fons...

Jacinto CARMIN

El cimbel El asesinato del señor Jalón, cometido en pleno Madrid y habiendo servido de cimbel para realizar la encerrona una mujer bonita, me recuerda la aventura ocurrida recientemente aquí a un compatriota nuestro, muchacho muy simpático y politiquillo muy bullicioso, que vino a París con ocasión del viaje del rey.

Una de las noches que los huéspedes españoles pasaron en París, ya tarde, nuestro amigo tomó uno de los ómnibus-automóviles Montmartre-Saint-Jacques, que recorren uno de los trayectos más largos de esta populosa ciudad.

Todos los pasajeros que ocupaban el interior del vehículo fueron apeándose en las diversas estaciones del tránsito, menos una joven muy elegante que iba en un ángulo y parecía profundamente dormida. Al llegar a Saint-Jacques, el español, galante como nos acredita nuestra fama, hizo la amabilidad de despertarla.

—Señorita—dijo—, podemos bajar.

Ella abrió los ojos; parecía muy asustada.

—¡Dios mío!—exclamó mirando en torno suyo con ojos sorprendidos—: ¿dónde estamos?



—Me siento muy mal. Se me ha indigestado la cena que tomé en el Casino.

—¿Y que cenaste?

—Cabrito.

—¡¡Fratricida!!



—¡Tenga usted mujer para que los amigos se la aprieten por la cintura!

—En Saint-Jacques.

—¿Cómo? ¿Este ómnibus no iba a Montmartre?—preguntó la somnolienta madamita.

—Al contrario, venimos de allí.

—¡Ah, qué desgracia tan irreparable! Yo vivo en Clichy...

Parecía que á la pobre-cilla le faltaba poco para romper á llorar.

—¿Diga usted, caballero, este es el último ómnibus?

—Sí, señorita.

Entonces el español, aunque con grandes circunloquios y titubeos por creerse en Madrid, se atrevió á ofrecerla hospitalidad en la casa en que él vivía.

—¿En casa de usted, de un desconocido?—exclamó ella: —imposible; soy una mujer honrada.

El insistió.

—Mejor sería—dijo ella—que buscásemos un hotel.

—Como usted guste. Guíe usted.

EN LA EXPOSICION DE GANADOS

INO BAILO MASI!



—Mira, mira, qué magníficos garañones presenta el duque.

—Ya, ya, son unos burros que valen más que su amo.

Ella, en efecto, le condujo á un hotel de la Avenue du Maine.

En cuanto entraron en la habitación, la joven depuso el aire compungido que fingió hasta entonces, y exclamó:

—Ahora, querido mío, suelta todos los francos que tengas, si no quieres que mi hombre te abra un agujero en la tripa...

Aquellas palabras fueron corroboradas por la brusca aparición de un individuo que salió de una habitación contigua, armado de un nudoso garrote. Afortunadamente el español llevaba un estupendo revólver por consejo de Luis Bonafoux, y sacándolo apuntó con él al inesperado visitante, obligándole á soltar el palo. Luego, sin perder un instante abalanzóse sobre él y tras breve lucha le derribó en tierra golpeándole hasta dejarle sin sentido. En cuanto á la mujer, se contentó con derribarla boca arriba sobre el lecho y despachar así...

Luis de OSSA

Paris, 24 Mayo 1913.

Tan mala impresión conservo del baile de la Marquesa, que ya no vuelvo á su casa ni aunque me den mil pesetas.
¡Jesús qué baile más cursil!
¡Me valga el cielo qué fiestas!
¡Qué niñas más esmirriadas!
¡Qué madres más estupendas!

Después de bailar con Pura, que es de esas chicas que pesan, porque van colgadas de uno como un gabán de una percha, bailé con Rufa, que tiene más bien que pies dos maletas, y me dió unos pisotones que me hizo ver las estrellas.
¡Ay, qué pies! ¡Más tiempo estaban sobre mis botinas nuevas que sobre las mustias flores de la alfombra de moqueta!
Bailé después con Felisa, que á más de ser bizca, es necia,

«TOILETTES» PARA VERANO



Dos trajes de los más apropósito para cocinar.

v como me echaba un ojo
y el otro le echaba fuera,
llegué á sentir tal mareo
por dentro de la cabeza,
que me caí sobre un cónsul
que me pegó una puntera.

Luego bailé con Pepita,
la menor de las gemelas
del barón de Ventre-amargo,
que asombra por lo pequeña.

Baste decir que su moño
se le enredó en la cadena
de mi reloj, y enredados
bailamos toda la pieza.

A fuer de chico prudente,
bailé después con Prudencia,
y más tarde con Dolores
(con dolores en las piernas).

Luego bailé una polkita
con ocho arrobas y media
de señora; con Angustias
¡sí, con angustias tremendas!

A Rosario saqué luego,
aunque la misma rareza
es el bailar con rosario
que rezar con castañuelas.

Y después de un *pase á quatre*,
que bailaron seis parejas,
bailé dos valsés con Luz
(cosa que sentí de veras),

y otro con toda una rosa,
y otro con toda una Tecla,
y otro con toda una Casta
¡cuidado que es resistencial!

Luego por bailar á gusto,
cogí á Carmen por mi cuenta.
¡Qué cintura la de Carmen!

¡Si la chica será esbelta,
cuando su madre asegura
que con sus ligas de seda;
tan pronto se ciñe el talle
como se ajusta las medias!

Mas un joven libertino,
que al parecer la corteja,
se me acercó ardiendo en celos,
y me habló de esta manera:

—Como apriete usted otra noche
la cintura de mi reina,
con este puño cerrado
le simplifico las muelas.

—De esas simplificaciones
me río yo á boca llena
(le contesté). Pero como
maldito si me interesa

la joven á quien engaña,
puede usted bailar con ella
desde el baile de San Vito
hasta el que á usted más le pega.

—¿Cuál?—Pues... la Danza Macabra,
que es baile de *calaveras*.

Y no haga usted que me enfade
y que le pise á su nena
la cola, por que la dejo
desconsolada per secula.

Tal es la impresión que guardo
del baile de la Marquesa.

¿Y aún quiere que yo repita?

¡Anda y que baile su abuela!

Juan PÉREZ ZÚÑIGA

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIP Y PAJARES
RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

Al reaparecer en Madrid el gran
torero, aparecerá

BELMONTE, el misterioso

EL TORERO DEL DÍA
(SU VIDA Y SU ARTE)

por GOMEZ HIDALGO

Prólogo de DON MODESTO

Con ilustraciones y portada á tres
tintas de RICARDO MARIN

50 CÉNTIMOS

FOTOGRAFIA

DE

LUIS ALTOZANO

Toledo, núm. 53, Madrid

Teléfono 4541

Primera casa en retratos de niños
y ampliaciones

Fotógrafo de LA HOJA DE PARRA